

en 1870-71, cuando se temía que esta nación tratase de aprovecharse de la guerra franco-alemana para tomar su desquite de Sadowa, como en 1808 buscó el de Austerlitz. Napoleón creía fundadamente que le sería fácil obtener del czar Alejandro cuanto de él desease, es decir, una actitud franca y resueltamente amenazadora para con Austria; pero con gran sorpresa suya no lo logró, siendo una de las principales causas de este fracaso, que M. Vandal ha esclarecido completamente, las intrigas de Talleyrand (1).

Talleyrand no era ya ministro de Negocios extranjeros, pues encontraba demasiado fatigoso seguir á Napoleón á través de Europa. Este gran señor, que ante todo amaba sus comodidades, conservaba un mal recuerdo de su internada en Polonia, habiéndole parecido sobre todo, y con razón, sumamente detestable su cocina. Le había sucedido en su antiguo cargo Campagny (1807), pero en compensación habíase hecho nombrar vice-gran-electoral, con un sueldo anual de 500.000 francos. Aunque sin cartera, no por eso dejó de ser para Napoleón el consejero más influyente y más autorizado en los asuntos de política extranjera. Acompañó á Erfurt al Emperador y tuvo la habilidad de contrarrestar la política de su soberano, ante sus mismos ojos, para lograr que prevaleciese su política personal de simpatía para con el Austria, aunque conocía los planes hostiles de ésta contra Francia; esto constituía, en definitiva, una traición. Para su éxito era preciso desde luego inspirar desconfianza al Czar respecto á su aliado de Tilsit. Talleyrand pudo persuadir á Napoleón de que era preferible que él viese primero al Czar, y, con el asentimiento del amo, á quien engañaba, celebró, en efecto, una primera conferencia con Alejandro, poco antes de avistarse ambos emperadores, de la que se aprovechó para decirle: «¿Qué venís á buscar aquí señor? Sois el único que puede hacer frente á Napoleón, y venís á entregaros á él. El pueblo francés es civilizado, no hay duda, pero su soberano no lo es; el monarca de Rusia es civilizado, pero su pueblo no. Al soberano de Rusia le conviene, pues, aliarse con Francia para salvar á esta

(1) *Napoleón y Alejandro*, tomo I. — Sobre la gran intriga de Erfurt véase también el testimonio de M. de Vitrolles (*Memorias*, tomo III, pág. 445), quien oyó decir muchas veces á Talleyrand: «En Erfurt salvé á Europa de una total conflagración.»

nación y salvar á Europa.» Austria era para Talleyrand, como se ha dicho, una cariñosa cliente.

Talleyrand tenía á Metternich al corriente de sus manejos. Por su parte Austria pidió con insistencia ser admitida en la conferencia de Erfurt, á la que envió á M. de Vincent. Talleyrand, para lograr su objeto, no sólo engañó á Napoleón, sino también al mismo Alejandro, persuadiéndole de que Austria no se atrevería nunca á tomar la ofensiva, y en su consecuencia era por lo menos inútil, ya que no peligroso para él, amenazarla con una acción común de Rusia y de Francia. Respecto á este punto, Talleyrand, tratando de engañar á Alejandro, se engañaba tal vez á sí mismo, pues la verdad era que los excesivos gastos militares que Austria se había impuesto no podían continuar por más tiempo sin llevarla á su ruina, y que la cuestión se encerraba en este dilema: el desarme ó la guerra. Napoleón estaba más en lo justo que Talleyrand al afirmar que el único medio de impedir que Austria se moviese era una brillante manifestación de la unión estrecha que existía entre Rusia y Francia, y una amenaza todavía más clara de Rusia, participándole que á la primera tentativa que hiciese contra Francia la declararían la guerra; pero prevenido y enredado el Czar por Talleyrand, se resistió á todas las instancias y seducciones de Napoleón.

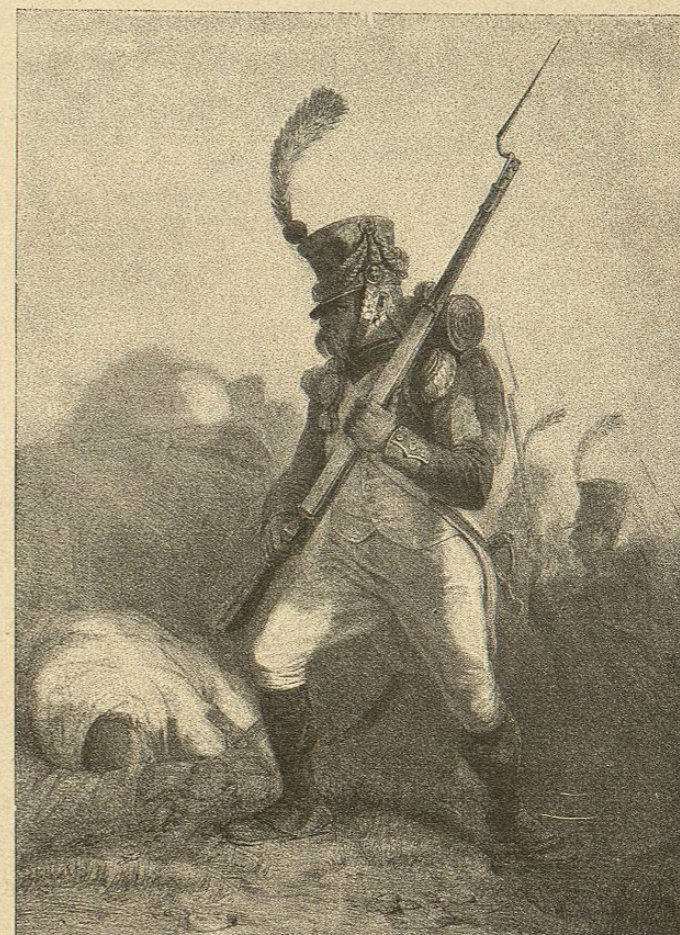
Alejandro, por otra parte, vacilaba en destruir por completo al Austria, único apoyo con el que podía contar en caso de romperse la paz de Tilsit, y tampoco creía mucho más que los otros soberanos en los deseos de Napoleón de dar la paz á Europa. Este propósito, en Erfurt era sin embargo sincero y hasta ardiente; pero estaban demasiado recientes los sucesos de España y el negocio de Bayona para que se pudiese creer en tal sinceridad. Napoleón marchó de Erfurt convencido de que la guerra era inevitable. Prusia pagó una vez más la negativa de Rusia, pues los Franceses continuaron ocupando las plazas del Oder, que Napoleón estaba dispuesto á evacuar si Alejandro hubiese accedido á sus deseos.

A pesar de todo, Champagny y Roumanzoff firmaron (12 de Octubre de 1808) el siguiente convenio, que debía permanecer secreto. Napoleón y el Czar renovaban su alianza, comprometiéndose á tener los mismos enemigos y aliados, y á comunicarse las proposi-

ciones diplomáticas que se les hiciesen aisladamente. Debían dirigir en común al rey de Inglaterra una carta pública invitándole á firmar la paz, sin tratar empero con él, á menos de que consintiese en reconocer la anexión á Rusia de Finlandia y de los principados danubianos, y á José Bonaparte como rey de España. El Czar quedaba autorizado para alcanzar de la Puerta, por medio de la guerra ó por la vía diplomática, la Moldavia y la Valaquia, y si Francia se viese obligada á apoyarle, debía hacerlo en forma que no empeciese á la amistad que la unía con Turquía. En caso de ruptura con Austria, ambos aliados debían hacer la guerra mancomunadamente. A petición del Czar, el Emperador condonaba á Prusia 20 millones de la contribución de guerra que se le había impuesto, y, por fin, Talleyrand abordó la cuestión de un matrimonio de Napoleón con una princesa rusa.

Grande era la ilusión que se hacía Napoleón si creía al Czar dispuesto á cumplir con sinceridad estos nuevos acuerdos. Al día siguiente de esta conferencia el Czar participaba confidencialmente al rey de Inglaterra «la secreta satisfacción que había experimentado ante la habilidad desplegada por la Gran Bretaña anticipándose y previniendo los planes de Francia por medio del ataque á Copenhague;» é invitaba á los ministros ingleses á que se pusiesen en abierta-relación con el Czar, como con un príncipe que, «aunque obligado á ceder ante las circunstancias, no por esto era menos adicto que antes á la causa de la independencia europea.» Poco después mandaba á la corte de Viena á su ayudante Pozzo di Borgo, miembro de una familia corsa, cuya antigua rivalidad con la de Bonaparte era bien notoria, para asegurar en secreto al Emperador Francisco que, si era afortunado en sus primeros esfuerzos contra Francia, él le secundaría para libertar á Europa. También influía el Czar en la corte de Persia para apartarla de la alianza francesa, induciéndola á la de Inglaterra. El general Gardane, enviado por Napoleón, había sido recibido por el Shah con verdadero afecto, é inmediatamente, de acuerdo con el coronel Fabvier, había organizado un ejército, abierto caminos y preparado una expedición á la India. Pero después de la paz de Tilsit, Napoleón modificó las instrucciones de su enviado en el sentido de procurar una aproximación entre Persia y Rusia. Desgraciadamente, fueron inútiles sus trabajos

desde el momento en que ninguna de las dos potencias renunciaba á sus pretensiones sobre la Georgia. El Shah se quejaba á Napoleón por no haberle comprendido en el tratado de Tilsit, y el Czar, por su parte, le daba á entender secretamente que la paz era sólo ficticia y que los aliados naturales de la Persia eran los Ingleses; y habiéndose



España en 1809. (Dibujo de Raffet, litografía de Llanta)

presentado una escuadra inglesa en el golfo Pérsico, el Shah consintió en recibir la embajada que en ella iba. El general Gardane, considerando fracasada su misión, regresó inmediatamente á Francia (Febrero de 1809).

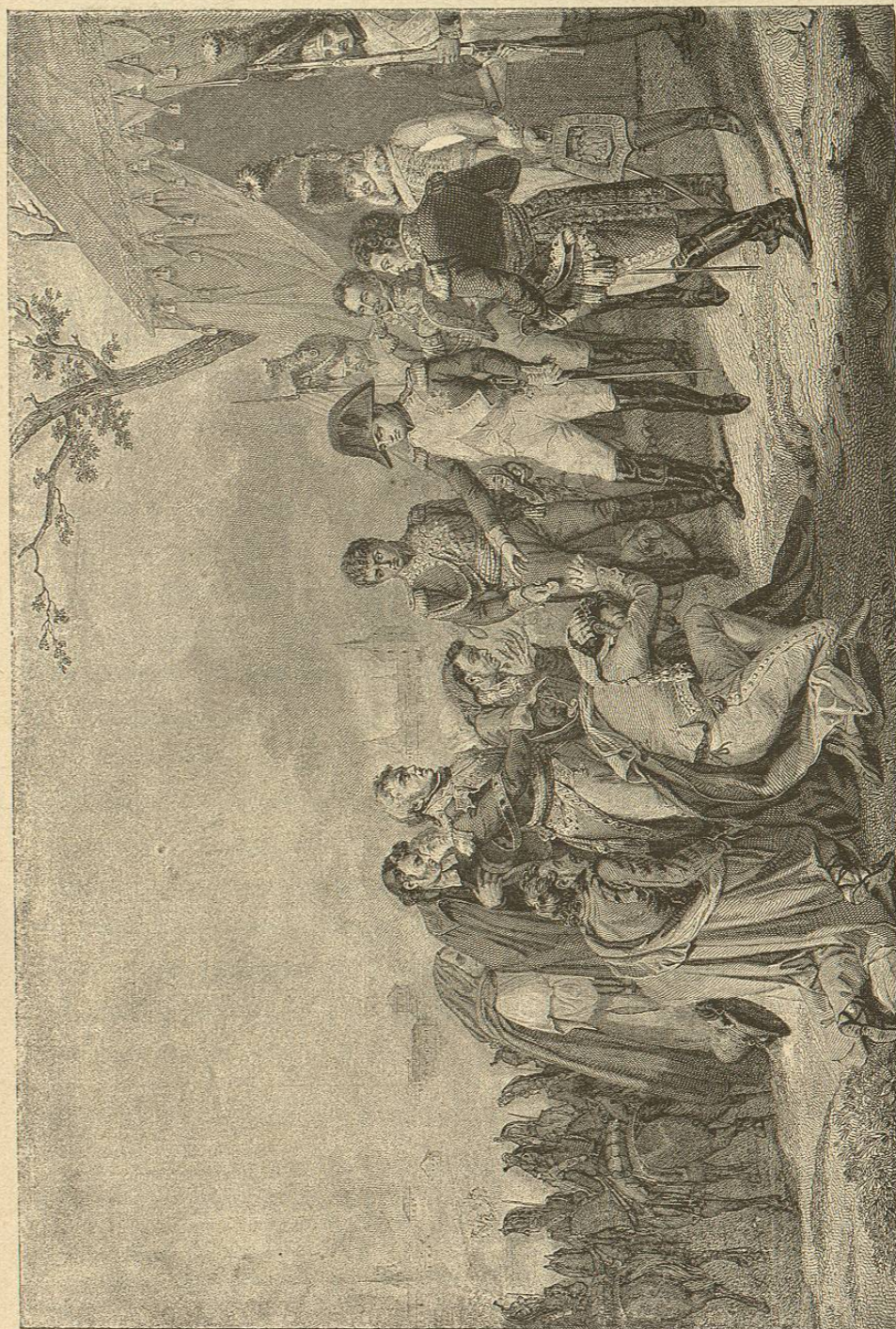
Juzgando asegurada la tranquilidad en la Europa central, á lo menos por algún tiempo, Napoleón dejó sólo 80.000 hombres al otro lado del Rin: 50.000 al mando de Davout, sobre el Oder, y 30.000 al

de Oudinot, sobre el Mein, y puesto al frente del resto del Grande-Ejército, entró en España, reuniéndose con José en Vitoria (18 de Noviembre de 1808), después de haber obtenido del Senado autorización para hacer nuevas levadas de la quinta de 1810 y de las anteriores, comenzando inmediatamente las hostilidades. En la cuenca del Ebro, tierra nueva para él y en la que las operaciones combinadas parecían casi imposibles, no experimentó mayor embarazo que en la cuenca del Po, y aun en ella dió modelos para la guerra de grandes masas. Lannes mandaba la izquierda, Soult el centro, y Lefebvre y Víctor la derecha.

Los Españoles contaban con cuatro ejércitos (1), formando un total de 130.000 hombres: en la derecha el de Aragón, al mando de Palafox, y el de Andalucía al de Castaños; en el centro el de Extremadura, mandado por Galuzo y el marqués de Belveder; en la izquierda el de Galicia, mandado por Blake y D. Gregorio de la Cuesta. Un ejército inglés, al mando de Moore, debía trasladarse desde Lisboa á Castilla la Vieja para unirse con el ejército de Galicia, que acababa de aumentarse con un nuevo contingente: el de las tropas españolas del marqués de la Romana, que Godoy se había visto obligado á mandar á Napoleón. Con un valor verdaderamente extraordinario se escaparon de los distintos acantonamientos que el Emperador les había

(1) El total de las fuerzas regulares que España podía oponer á Napoleón, al principio de la guerra, ascendía escasamente á unos 40.000 hombres, cuya organización era sumamente defectuosa; éralo aún más su instrucción, hasta el punto de que en la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, escrita por la tercera sección de la comisión de jefes y oficiales de todas armas, se dice: «En muchos regimientos subsistía aún la escuela del año 1768, en otros se maniobraba según la táctica del 96, en algunos se ejecutaban las evoluciones del reglamento del 98, y el desorden llegó á tal punto, que hubo paradas de guarnición en que los soldados de distintos regimientos cargaban el fusil de diferente modo.» «El oficial, dice el señor Chao, no tenía colegios ni campos militares, y tampoco libros: las escuelas del Puerto de Santa María y Ocaña habían desaparecido, de modo que, si alcanzaba á ser un regular comandante de filas, nunca á poseer la teoría del arte, que constituye los generales. Así los que teníamos no eran, por lo común, más que rutinarios envejecidos con su escasa instrucción.»

No es de extrañar que en Cataluña y casi en toda la Península llegase á ser un aforismo vulgar que las acciones que se perdían eran dirigidas por generales y las que se ganaban por guerrilleros. Nada agregaremos respecto á la administración militar, que aparte de ser ruinosísima, no daba muestras de su existencia. La caballería y artillería estaban en un estado lastimoso, y las fortificaciones de la mayoría de plazas tenían aún practicables las brechas abiertas en sus murallas en la guerra de Sucesión. Por estos datos puede juzgarse del valor que desde el punto de vista técnico-militar tenían los cuatro ejércitos que cita el autor.—(N. del T.)



Napoleón íntima á los comisionados de Madrid la sumisión inmediata de la villa (4 de Diciembre de 1808). (Cuadro de Carlos Veret, en el Museo de Versalles). «Si dentro de una hora, en este reloj (el duque de Friul, Duroc, tenía el suyo en la mano), no me tréis la sumisión del pueblo, todos vosotros seréis fusilados.»